

**“NO SON 30 PESOS, SON 30  
AÑOS”. ALGUNAS NOTAS  
RESPECTO A LA CONCERTACIÓN,  
TRANSICIÓN Y LA CRISIS DEL CHILE  
RECIENTE**

Danny Gonzalo Monsálvez Araneda



---

## “NO SON 30 PESOS, SON 30 AÑOS”. ALGUNAS NOTAS RESPECTO A LA CONCERTACIÓN, TRANSICIÓN Y LA CRISIS DEL CHILE RECIENTE

---

Danny Gonzalo Monsálvez Araneda<sup>1</sup>

### Introducción

Desde el 18 de octubre del 2019 y hasta finales del aquel año, se desencadenó en Chile una serie de movilizaciones y protestas ciudadanas, las cuales fueron calificadas como “estallido social”. Lo que comenzó en la capital, Santiago, con el transcurrir de los días y semanas, se replicó en gran parte del país (Matamala, 2019; Peña, 2020; Ruiz, 2020).

Lo que fue la protesta de los estudiantes por el alza del pasaje del metro, luego, desembocó en una serie de reclamos, críticas, acciones de transgresión y violencia en el espacio público y privado. En ese proceso, irrumpió con fuerza el discurso de rechazo a la serie de abusos que se habían realizado en los últimos años contra la ciudadanía. A la crítica a las elites, se sumó la desafección con las instituciones del Estado. El país mostraba claros síntomas de aquello que Antonio Gramsci denominó, en su momento, como una crisis orgánica, es decir de representación y legitimidad; sin embargo, esto no constituía un fenómeno nuevo en el Chile reciente. En dos trabajos anteriores (Monsálvez, 2013 y 2012), habíamos analizado los evidentes síntomas de desprestigio de los partidos, dirigentes e instituciones, así como la molestia que experimentaban importantes sectores de la población con el Chile postdictatorial, concretamente, con lo que habían sido las administraciones de los gobiernos de la Concertación de partidos por la democracia, coalición política electoral que había gobernado el país entre 1990 y el 2010 (Garretón, 2012; Fuentes, 2019; Mayol, 2019).

Dicho malestar no desapareció, más bien siempre estuvo presente, lo que aconteció fue que el discurso hegemónico, que prevaleció durante la interminable postdictadura chilena, fue el de un proceso transicional excepcional y ejemplar, el cual, si bien tenía algunas dificultades, en líneas generales había sido exitoso. Así lo demostraban las cifras económicas, la infraestructura, la disminución en los niveles de pobreza o el incremento en el número de jóvenes que ingresaban a la educación superior; en otras palabras, el Chile neoliberal, aquel del consumo, productividad, emprendimiento, liderazgo y mirar a Europa o Asia, más que a la propia América Latina, galopaba a paso firme. En ese ámbito, coincidían no solo la dirigencia concertacionista, también el mundo empresarial. En otras palabras, gran parte de la elite política y económica se congraciaban del país que habían construido en los últimos años (Walker, 2020). No obstante aquello, tras esa cifras económicas se escondía una profunda y creciente desigualdad, en la cual un porcentaje reducido de la población concentraba gran parte de la riqueza (Fazio y Parada, 2010; Álvarez, 2015), a lo cual se sumaba la concentración de los medios de comunicación, que se traducían no

---

<sup>1</sup> Universidad de Concepción



necesariamente en la falta de libertad de expresión, sino más bien en la carencia de pluralismo en radios y principalmente en diarios y televisión.

A pesar de que hacia fines de la década del noventa, surgieron, al interior de la coalición de gobierno, las primeras voces críticas, los denominados “autoflagelantes”, que alertaban sobre las promesas no cumplidas de la Concertación y transición y que era necesario “acelerar” ciertas reformas, al final ese “debate” terminó siendo silenciado por otro sector de la citada Concertación, los llamados “autocomplacientes”, que terminaron por imponer su visión del proceso chileno respecto a los dos primeros gobiernos de la posdictadura, el de Patricio Aylwin y Eduardo Frei (Hidalgo, 2011, p. 175).

Cabe señalar en este punto algunas cuestiones que permiten tener una mejor comprensión de aquel proceso. La etapa que se inicia en marzo de 1990, con el primer gobierno democrático, liderado por el demócratacristiano Patricio Aylwin, no estuvo exento de polémicas y más de algunas controversias y problemas. Aylwin tuvo que lidiar, entre otras cuestiones, con el legado de la dictadura, sea este en materia económica, como algunas cuestiones de política institucional. Uno de aquellos aspectos fue el cerrojo de la Constitución de 1980, que por ejemplo no permitía la remoción de los comandantes en jefes de las Fuerzas Armadas y estipulaba la figura de senadores designados. Estos aspectos, por ejemplo, le daban un poder de veto a la derecha en el Congreso, ya que un porcentaje importante de los senadores designados eran partidarios de dicho sector y tenían estrechos vínculos con lo que había sido la dictadura; por otra parte existía una cuota de poder muy importante a los militares, siendo el caso más emblemático la permanencia del dictador como Comandante en Jefe del Ejército. En palabras sencillas, los militares seguían siendo, y así lo entendían, los “garantes de la institucionalidad”; por lo tanto, cualquier acción o actitud que fuera vista como contraria a aquello o que atentará contra la hegemonía del poder militar, conllevó la inmediata respuesta de estos. Así aconteció con los resultados del informe de la Comisión Rettig o con la investigación judicial que se pretendía impulsar contra el hijo de Augusto Pinochet. En ambos casos, los militares, particularmente el Ejército, realizó dos “ejercicios” que tuvieron como objetivo dar cuenta de su malestar, tanto con el Informe de Verdad y Reconciliación, liderado por el citado abogado Rettig como por los denominados “pinocheques” (Cavallo, 2012).

La entrada al siglo XXI tuvo en la coyuntura de cambio de siglo uno de los hechos más significativos de lo que hasta ese entonces había sido la historia política postpinochetista. El año 2000 asumió como presidente el socialista Ricardo Lagos, una de las principales figuras opositoras a la dictadura de Pinochet. Famoso por apuntar con el dedo, en pleno régimen militar, en un programa de televisión al dictador, Lagos siempre figuró en algunas encuestas y conversaciones de pasillo como una eventual carta presidencial; sin embargo, su cercanía con el mundo socialista, su vehemencia en sus planteamientos y su figura controvertida lo habían alejado de llegar a La Moneda; no obstante aquello, hacia fines de los noventa y comienzos del dos mil, la sociedad chilena había avanzado lo suficiente culturalmente, incluso más que sus propias autoridades, para darse cuenta que elegir un presidente socialista no significaba ninguna amenaza para la institucionalidad, menos aún para aquellos sectores más privilegiados de la sociedad chilena. Lo cierto es que si bien Lagos guardaba filas en el socialismo, éste claramente no era



Salvador Allende, el Partido Socialista de aquel entonces no era de los años de la Unidad Popular y el Chile de inicio de siglo XXI no era el de los sesenta y setenta del siglo XX, más bien estaba culturalmente imbuido por el neoliberalismo; por tal motivo, los temores o fantasmas que podía generar Lagos, no pasaban más allá de los prejuicios de ciertos grupúsculos que seguían funcionando bajo la lógica de la Guerra Fría o de aquellos últimos vástagos del pinochetismo.

En esa elección, Ricardo Lagos se impuso en segunda vuelta a Joaquín Lavín, un economista de la escuela de Chicago y militante del principal partido defensor de la dictadura, como es la Unión Demócrata Independiente (UDI). Lo cierto es que esa elección fue bastante disputada, básicamente por el discurso de Lavín. Aquello que Tomás Moulian denominó la “política analfabeta” o “seudopolítica”, que se caracteriza por la demagogia, los conflictos ficticios sustentados en el espectáculo y la entretención política (Moulian, 2004).

La era que abrió el socialista Ricardo Lagos el año 2000 hasta 2006 y luego Michelle Bachelet de 2006 a 2010, tuvieron como una de las principales características el incremento del malestar de la ciudadanía con un sistema político y económico que no solo excluía y marginaba a importantes sectores de la población, sino también que violentaba por medio del abuso de las elites económicas, léase empresarios. Una de aquellas manifestaciones fue la gran protesta estudiantil de 2011, la cual movilizó a estudiantes de colegios, liceos y Universidades. Por caso nueve meses, las principales universidades chilenas estuvieron paralizadas y ocupadas (en toma) por alumnos. Esa gran movilización, que le correspondió enfrentar al primer gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014), sería la antesala de lo que al mismo Piñera le tocaría afrontar ocho años más tarde, en octubre de 2019, con el denominado “estallido social”.

En consecuencia, el tránsito de la dictadura de Pinochet a los gobiernos democráticos nos propone, entre otras cosas, abordar algunas narrativas sobre la transición chilena, ya sea a partir de algunos testimonios de actores y dirigentes políticos de dicho periodo, así como el análisis crítico proveniente del campo de la disciplina histórica y las ciencias sociales. Lo anterior nos permitirá, entre otras cuestiones, plantear la pregunta: ¿cómo nos han contado la transición?

### **El debate sobre el pasado reciente: historiografía y política**

Desde el punto de vista del debate por el pasado reciente de Chile, uno de los momentos más importantes, tras el retorno a la democracia en 1990, fue la detención del ex dictador Augusto Pinochet en Londres el año 1998. Producto de aquel hecho, tomó fuerza una vez más aquel debate de lo ocurrido en 1973. En esa línea un grupo de historiadores chilenos redactó el “Manifiesto de Historiadores” (Grez y Salazar, 1999) en respuesta a la publicación que el historiador Gonzalo Vial Correa, férreo defensor del régimen de Pinochet, había realizado en el periódico *La Segunda*. Conjuntamente con aquello, en materia historiográfica se publicaba la *Historia Contemporánea de Chile* de los autores Gabriel Salazar y Julio Pinto (1999), produciendo una discusión epistemológica sobre la historia de Chile, animando con ello un interesante debate político e intelectual sobre la historia más reciente de nuestro país. Al mismo tiempo permitía analizar y debatir la vinculación existente entre discurso historiográfico y lucha política por el



pasado, el poder que da el control de éste y, por lo tanto, repensar (críticamente) la transición a la democracia que se venía dando desde 1990.

En aquel contexto, el debate historiográfico, político e intelectual sobre el pasado reciente nacional, se relacionaba entre otros aspectos con aquello que Tomás Moulian denomina una “democracia sustantiva”, que garantizaba la reproducción del orden social basado en la propiedad privada, en las limitaciones de la acción colectiva de los trabajadores y en la tutela militar en política. En otras palabras, se trata de una “jaula de hierro”, constituida por dos elementos:

leyes políticas de rango constitucional, elaboradas entre 1977 y 1989, y un sistema de partidos, que se fue formando desde 1983. El objetivo de esta instalación no era otra que preservar al neocapitalismo de los avatares e incertidumbres de la “democracia protegida”, la última de sus apariciones y la más significativa, porque es la factual. La existente (Moulian, 1997, p. 47).

Para el citado Moulian, el “Chile Actual” debía ser analizado en su vínculo histórico con la dictadura. Al respecto, señalaba lo siguiente: “considero al Chile actual como una producción del Chile Dictatorial”, en otras palabras, “El Chile Actual es la culminación exitosa del “transformismo” (Moulian, 1997, p. 145) ¿A qué se refiere con aquello? Al largo proceso de preparación efectuado durante la dictadura, que tuvo como objetivo preparar la continuidad de las estructuras básicas del régimen militar, pero bajo otros ropajes políticos, las vestimentas democráticas, es en este punto donde los civiles proclives a la dictadura jugarán y juegan un rol fundamental. Entonces, ¿quiénes son o de dónde provienen estos civiles? Los trabajos de Carlos Huneeus (2000), Verónica Valdivia (2006, 2008, 2012), Pablo Rubio (2013), José del Pozo (2018) y Sebastián Smart (2019) nos entregan luces sobre aquello. De ahí entonces la idea de catalogar al régimen de Pinochet como una “dictadura cívico-militar”, por el significativo rol que desempeñaron los civiles bajo dicho régimen autoritario.

La crítica de Moulian, calificado como el “aguafiestas de la transición” (Sader, Gómez y Tarcus, 2008), tiene como tema y problema de fondo el tipo de “transición” que se llevó a cabo en los años noventa por parte de la Concertación de Partidos por la Democracia. Transición que expresa al mismo tiempo un consenso, como “etapa superior del olvido”, como “la desaparición del Nosotros en el ellos”.

Una transición pactada con los militares y el empresariado, donde se privilegiaron los consensos (un tipo de consenso) y acuerdos inter-elite, apostando por la desmovilización, atomización de las organizaciones sociales y el control de las protestas, aquello que Igor Goicovic denomina “una transición acorralada” (2008). Mientras que, para Cristina Moyano, el tipo de transición se puede relacionar con la mentada “renovación socialista”, entendida esta última como aquel proceso de transformación ideológica de la izquierda chilena después del golpe de Estado de 1973. Proceso que conllevó un cambio político, cultural y epistemológico. Para Moyano la renovación fue un proceso cupular intelectual que no logró traspasar a las bases políticas un nuevo marco referencial teórico que abriera nuevos cursos de hegemonía en la acción política contingente; es decir, fue un referente teórico intelectual, que no logró generar nuevas prácticas enraizadas en los nuevos discursos. Lo anterior provocó que el proyecto quedara truncado, por las posibilidades en las cuales se gestó la transición a la democracia, lo cual produjo la idea de una



“transacción”, pacto y traición que rodea la valoración política del proceso más general (Moyano, 2010, p. 30-31).

De esta forma, el golpe de Estado de 1973, la dictadura cívico-militar que encabezó Augusto Pinochet y el período de transición a la democracia, postpinochetismo o postdictadura llevado adelante por los gobiernos concertacionistas, vienen a constituirse desde el punto de vista de la historia reciente como campo historiográfico y político “en disputa”. Es decir, un tema controversial, conflictual y de disenso entre los diversos actores, sujetos y grupos que han sido partícipes de todo este proceso, en el cual se han enfrentado diversas visiones, percepciones y perspectivas de la realidad social, las cuales han pugnado y luchado por hacer prevalecer sus ideas e intereses; en otras palabras, una lucha por la hegemonía de los recuerdos.

Dictadura y transición democrática, procesos que están conectados, no solamente desde el punto de vista cronológico, sino a través de transformaciones más profundas que afectan la subjetividad social y que tienen que ver con el comportamiento individual y colectivo de los sujetos, formas de pensar, actitudes sociales y cómo interactúan entre sí; en otras palabras como se construye sociedad y las disputas por los sentidos del pasado, tanto desde el punto de vista de los actores políticos, como de lo que ha dado cuenta la historiografía chilena de las últimas décadas. En otras palabras, el valor que tiene la memoria y la de algunos de sus protagonistas en todo este proceso histórico.

### **¿Cómo nos han contado la transición? Aylwin, Lagos y las memorias hegemónicas de la Concertación-Transición**

En esta parte, y retomando lo señalado en las últimas líneas, cabe hacer mención al valor que tiene la memoria en algunos de los principales protagonistas de la transición chilena. Al respecto, la memoria nos permite conservar y mantener viva una visión del pasado, por medio de una mirada eminentemente subjetiva (personal o grupal); por lo tanto, la memoria viene a constituirse en una práctica social que no necesariamente contiene una “verdad histórica”, de ahí que no esté ajena a manipulaciones, olvidos u omisiones y por lo tanto, quienes busquen ejercer algún control sobre la visión de un determinado pasado, estarán en mejores condiciones para ejercer algún dominio sobre el presente y futuro de una sociedad. Así por ejemplo, ante pasados que han estado marcados por la violencia política y la represión estatal, la intensión política y estatal será impulsar un discurso que logre el consenso, en el cual se busque una “solución” o un “cierre final” con ese pasado traumático; sin embargo, estas iniciativas son generalmente cuestionadas y puestas en tela de juicio, ya que los procesos de construcción de memorias nunca se terminan, menos aún tienen un punto final, todo lo contrario son siempre abiertos y nunca acabados, por más que se impulsen leyes de amnistía, comisiones investigadoras, monumentos o fechas conmemorativas (Jelin, 2017, p. 18).

Como señala Elizabeth Jelin, cuando hablamos de memoria significa que las personas construyen un sentido del pasado, pero ese pasado se actualiza en su relación con el presente. De esta forma, cuando una persona recurre a la memoria, lo que hace es realizar un ejercicio de “traer el espacio de la experiencia



al presente, que contiene y construye la experiencia pasada y las experiencias futuras” (Jelin, 2017, p. 15). Entonces la experiencia se convierte en algo pasado presente y donde los acontecimientos de ese pasado se les asignan un sentido y reinterpretación.

Por su parte Enzo Traverso señala que la historia y la memoria persiguen un mismo objetivo como es el pasado o la elaboración del pasado, pero que es necesario e imprescindible hacer la diferencia entre ambas. Mientras la memoria “es un conjunto de recuerdos que pueden ser individuales o colectivos, es una representación del pasado que se construye en el espacio público”, la historia constituye “un discurso crítico sobre el pasado. La historia es un trabajo de reconstrucción, de contextualización, de interpretación del pasado, por medio de la fabricación de un relato, de una narrativa o de varias narrativas sobre el pasado” (Traverso, 2016, pp. 19-20).

Sin duda que la experiencia pasada o la memoria contiene una carga importante de subjetividad, que para algunos estudiosos de la historia constituiría un problema para analizar críticamente algunos hechos o procesos históricos; más aún cuando la tarea del historiador o historiadora no es la de juzgar, sino más bien comprender y analizar críticamente; sin embargo, para quienes han vivido los acontecimientos se hace difícil el no juzgar, es más, la subjetividad no debería ser un problema, todo lo contrario, si queremos adentrarnos en las múltiples experiencias de vida o vivencias de algún grupo o comunidad, como los traumas, dolores, afecciones, miedos o inseguridades, entonces tenemos que hacernos cargos de aquella subjetividad que moviliza o paraliza a los sujetos en ciertos momentos o contextos históricos. En algunos casos, esa subjetividad se convierte en interpelación o demanda social de conocimiento y allí la historia tiene que decir y hacer algo, tiene que tener la capacidad para contestar a dicha demanda o interpelación a través de investigaciones, trabajos, tesis, seminarios, congresos, conversatorios, etc., En otras palabras, a través de la historia, la memoria puede ser objeto de investigación (Traverso, 2016, p. 20).

Entonces, ¿cuál es la importancia de la memoria para una sociedad, especialmente aquellas que atravesaron dictaduras militares, el terrorismo de Estado, la sistemática violación de los derechos humanos y que tuvieron como consecuencia dolores y traumas sociales en varias de sus generaciones? La persistencia y lucha por la memoria, además de ser un ejercicio necesario de recuerdo o representación del pasado, nos ayuda a hacer frente a la realidad, a no desaparecer, a no dejar de imaginar, a interrogarnos constantemente sobre nuestra historia reciente. En cómo somos capaces de reconstruir un nosotros, pero con los otros.

A partir de estos aspectos, cabe preguntarse dos cuestiones: ¿cómo ha operado la memoria respecto a la construcción del pasado reciente en Chile, particularmente del proceso transicional o posdictadura? Además, ¿cómo nos han narrado la transición algunos de sus principales protagonistas? Una forma de responder a estas preguntas dice relación con realizar una lectura a las memorias de dos de los principales actores políticos del tránsito de la dictadura al primer gobierno democrático, nos estamos refiriendo al demócratacristiano Patricio Aylwin, quien en 1990 asumió la presidencia de Chile y por otro lado a Ricardo Lagos, el principal líder de los sectores del socialismo renovado, quien también fue presidente entre los años 2000 y 2006.



Al respecto, existen ciertas coincidencias en ambos relatos sobre la experiencia autoritaria, lo que esta significó para el país y sobre todo la forma de cómo enfrentarla y salir de aquella. Sobre este último punto, tanto Aylwin como Lagos coinciden que si bien las jornadas de protestas contra el régimen, iniciadas en 1983, habían sido importantes para romper el miedo y mostrar la capacidad de movilización y lucha de la población, estas habían sido incapaces para derribarlo; es más, los hechos de violencia (represiva y subversiva) que se han generado producto de las protestas, han generado, en palabras de Aylwin, muchas muertes y al mismo tiempo alejaron a algunos sectores de la sociedad, que se restaron por temor a la represión de la dictadura (Aylwin, 2018, p. 234; Lagos, 2014, p. 431). En vista de ese escenario, tanto Aylwin como Lagos, aunque este último con algo de reticencia, aceptaron la idea de la lucha contra la dictadura bajo las reglas impuestas por esta. En ese terreno, jugaron un rol muy importante las figuras de José Joaquín Brunner y Edgardo Boeninger (Lagos, 2014, pp. 560-563). En otras palabras, había que dejar de lado el debate sobre la legitimidad o no de la Constitución, ya que aquello era una discusión insuperable, puesto que era la que regía en ese entonces; por lo tanto, lo que correspondía era “eludir deliberadamente el tema de la legitimidad” (Aylwin, 2018, p. 217) y proponer un acuerdo constitucional; en otras palabras, una negociación con la Junta Militar.

En relación con Boeninger, considerado como uno de los principales artífices del proceso de transición a la democracia en Chile, éste comenta que a mediados de 1986 tomaba fuerza la idea que la transición a la democracia solo se produciría por la “vía electoral”. En medio de ese proceso, el citado Boeninger elaboró un documento en el cual, sin desconocer la importancia que había tenido la movilización social, realizó un diagnóstico político y una propuesta de estrategia electoralista de la oposición para salir de la dictadura, argumentando que “la movilización ha sido y seguirá siendo un ingrediente esencial del proceso de democratización, pero no es capaz por sí misma de producir como efecto directo o principal el cambio de régimen político que queremos” (Boeninger, 1998, p. 329).

Resuelto el tema de cómo salir de la dictadura, el siguiente paso fue prepararse para ganar el plebiscito de 1988 y la posterior transición hacia el primer gobierno democrático.

Sobre este último punto, en entrevista realizada a Aylwin, este comentó que uno de los hitos más significativos de la transición fue el trabajo desarrollado por la Comisión de Verdad y Reconciliación, ya que constituía el “punto más sensible para los que tenían el poder militar” (Proposiciones, 1994, p. 14) pero no fue solo aquell; uno de los puntos que más destaca el ex presidente fue la denominada “política de los consensos”, que en opinión de algunos críticos generó un desinterés y apatía política; sin embargo, Aylwin valora y resalta aquella estrategia como forma de gobierno, ya que para que las cosas “marchen hay que aunar voluntades; que el aunar voluntades exige buscar consensos” (Proposiciones, p. 18).

En un pequeño libro, publicado por Ricardo Lagos el año 2008, señaló en la introducción que el periodo que va desde el restablecimiento de la democracia el año 1990, hasta el año de la publicación del citado libro, se ha constituido, más allá de los problemas y dificultades, “en el período más fructífero de toda la historia de Chile”. Citando la “prosperidad económica, desarrollo de las libertades, progreso institucional, mejoramiento del nivel de vida de las mayorías, particularmente de los más pobres”. Agregando que con



estos antecedentes “Chile ha logrado construir las bases sobre las cuales puede proponerse, en el próximo tiempo, alcanzar el nivel de una sociedad política, social y económicamente avanzada” (Lagos, 2008, p. 10).

El testimonio de dos de los principales actores de esta denominada “eterna transición” o “transición inacabada”, nos ayuda a comprender de mejor forma cómo se instaló en Chile, tras el fin de la dictadura, un tipo de relato, que se convierte en dominante. Dicho en otros términos, si la dictadura de Pinochet intentó imponer una historia oficial y memoria hegemónica, los gobiernos concertacionistas también impulsaron lo mismo; resaltando conceptos tales como gobernabilidad, estabilidad, progreso económico, transición ejemplar, modélica y donde la política de los consensos fue el eje central de las administraciones. Lo anterior llevó a que todo atisbo de discrepancia, crítica o desacuerdo fuera ignorado, omitido o en último caso silenciado, todo en vista de la “paz social”, la gobernabilidad y de una convivencia democrática que evadió el conflicto o los debates precisamente sobre ese tipo de transición que se promovía desde las esferas del poder de turno.

El resultado de todo aquello, fue un progresivo y peligroso deterioro de las instituciones, una creciente desconfianza de los ciudadanos con los políticos y los partidos y, sobre todo, se fue incubando una rabia y molestia generalizada con quienes administraron ese tipo de prácticas políticas que tuvo en octubre de 2019 no sólo un punto de inflexión, sino también de mayor rechazo.

Hoy Chile vive un momento crucial de su historia reciente, la última elección presidencial, del 21 de noviembre, propició un duro golpe a las fuerzas de centro izquierda y posicionó a la extrema derecha, con su candidato José Antonio Kast, en el primer lugar de las preferencias. Un escenario no solo expectante para una segunda vuelta, sino también peligroso para una serie de conquistas, derechos y principios democráticos adquiridos durante las últimas décadas.

La sociedad chilena, bastante institucionalista, apegada a la legalidad y las jerarquías, parece no importarles el hipotecar determinadas conquistas con tal de apoyar una candidatura conservadora donde su eje de acción está centrado preferentemente en acrecentar el miedo y la inseguridad en los ciudadanos para de esa forma propagar el discurso del orden y la represión.

Quién lo diría, después de más de 30 años del término de la dictadura de Pinochet, hoy sus adherentes, partidarios y defensores están a un paso de retornar al gobierno y por la vía de las urnas.

### **Comentarios finales**

Desde el mes de octubre de 2019 hasta nuestros días, Chile ha atravesado un vertiginoso proceso de cambios políticos. Hoy, por medio de una Convención Constitucional, se está impulsando un cambio radical en material política, social y económica, lo cual se traducirá en un nuevo marco constitucional que, entre otras cosas, dejará atrás uno de los dispositivos institucionales más significativos de lo que fue la dictadura chilena, nos referimos a la Constitución de 1980 y que, en opinión de algunos, fue una verdadera “jaula de hierro” que limitó e impidió avanzar en un mayor proceso de democratización del país. En ese proceso, el debate sobre el tipo de transición a la democracia en Chile constituyó uno de los temas



centrales del Chile reciente. Allí era posible observar aquellos sectores que han tenido una valoración positiva de la transición chilena, mientras que otros dan cuenta de una política de los consensos que terminó por generar una despolitización de la población, circunscribiendo el debate y las discusiones a determinados grupos, concretamente a los tecnócratas y las elites nacionales, generando con aquello, no solo esa despolitización, sino también una creciente y progresiva desafección de la ciudadanía con los partidos políticos, sus dirigentes, los políticos y las instituciones del Estado.

Mientras algunos de los principales protagonistas políticos de la transición a la democracia, como los ex presidentes Patricio Aylwin y Ricardo Lagos, destacan en sus memorias el mecanismo por el cual se derrotó a la dictadura y se lideró un proceso transicional ejemplar, desde la historiografía y otros disciplinas, como la sociología o ciencia política, la mirada sobre la posdictadura tiene más bien matices y críticas, señalando sus falencias y sobre todo las promesas no cumplidas.

Ante la pregunta respecto a ¿cómo nos han contado la transición?, no cabe duda que, durante una buena cantidad de años, la década del noventa y entrado el siglo XXI, el relato que hegemonizó el espacio público fue el de una transición que, si bien no estuvo exenta de dificultades, fue más bien ejemplar y digna de admiración en el resto del mundo. Situación que era fácil comprobar mostrando las cifras económicas y la “estabilidad” institucional que destacaba en la región; sin embargo, hacia fines de la década del noventa y con la coyuntura de la detención del ex dictador Pinochet (y en ese entonces Senador vitalicio) en Inglaterra, se instaló en Chile el debate sobre cómo había sido el tránsito de la dictadura al primer gobierno democrático; es decir, las características de nuestro pasado reciente. A partir de aquello, el relato de la transición ejemplar y el discurso hegemónico que prevaleció en aquella década, comenzó su cuestionamiento, tanto de sectores políticos autocríticos (los llamados autoflagelantes) como de investigaciones y publicaciones provenientes de la disciplina histórica y de otras áreas del conocimiento. En consecuencia, la crisis por la cual atraviesa hoy la sociedad chilena y que se relaciona con su pasado reciente, con esos treinta y tantos años, puede ser vista como un buen ejercicio de memoria histórica, que entre otras cosas haga frente a esas memorias hegemónicas, principalmente de sus máximos dirigentes políticos, que se instalaron y han predominado durante años en Chile. Sólo confrontado esas memorias dominantes de la Concertación y la transición ejemplar e interpeándolas públicamente, una sociedad podrá avanzar en materia de justicia, verdad y reconciliación.

### **Bibliografía**

- Álvarez, R. (2015). *Gremios empresariales, política y neoliberalismo. Los casos de Chile y Perú (1986-2010)*. Lom Ediciones
- Aylwin, P. (2018). *El reencuentro de los demócratas. De la dictadura a la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Boeninger, E. (1998). *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*. Andrés Bello.
- Cavallo, A. (2012). *La historia oculta de la transición. Memoria de una época 1990-1998*. Uqbar editores.



- Del Pozo, J. (2018). *Diccionario histórico de la dictadura cívico-militar en Chile. Periodo 1973-1990 y sus prolongaciones hasta hoy*. Lom ediciones
- Fazio, H. y Parada, M. (2010). *Veinte años de política económica de la Concertación*. Lom Ediciones.
- Fuentes, C. (2019). *La erosión de la democracia*. Catalonia
- Garretón, M.A. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado*. Arcis.
- Goicovic, I. (2008). La Transición acorralada. Estado y mecanismos de control social en el Chile contemporáneo (1990-2004). *Revista Ayer*.
- Grez, S. y Salazar, G. (1999). *Manifiesto de historiadores*. Lom Ediciones
- Hidalgo, P. (2011). *El ciclo político de la Concertación (1990-2010)*. Uqbar editores.
- Huneus, C (2000). *El Régimen de Pinochet*. Sudamericana
- Jelin, E. (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI editores
- Lagos R. (2014). *Mi vida. De la infancia a la lucha contra la dictadura. Memorias I*. Debate.
- Lagos, R (2008). *El futuro comienza hoy*. La Copa Rota S.A.
- Matamala, D. (2019). *La ciudad de la furia*. Catalonia.
- Mayol, A. (2019). *Big Bang. Estallido social 2019. Modelo derrumbado – sociedad rota – política inútil*. Catalonia
- Monsálvez, D. (2012). Chile reciente: crisis de representatividad y legitimidad: un análisis en clave gramsciana. *Derecho y Humanidades*, 20.
- Monsálvez, D. (2013). La dictadura militar de Augusto Pinochet como historia del presente: Historiografía, dictadura, transición, demanda social y crisis de representatividad. *Historia Actual Online*, 30, invierno.
- Moulian, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Lom ediciones.
- Moulian, T. (2004). *De la política letrada a la política analfabeta. La crisis de la política en el Chile actual y el "lavinismo"*. Lom ediciones.
- Moyano, C. (2010). *El MAPU durante la dictadura. Saberes y prácticas políticas para una microhistoria de la renovación socialista en Chile*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Peña. C. (2020). *Pensar el malestar. La crisis de octubre y la cuestión constitucional*. Taurus.
- Proposiciones*. (1994). 25, octubre de 1994, 12-19.
- Rubio, P. (2013). *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990*. DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Ruiz, C. (2020). *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Turus.
- Sader, E., Gómez J.C. y Tarcus, H. (2008). Tomás Moulian: Itinerario de un intelectual chileno. *Crítica y emancipación: Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 1 (1), 129-174.
- Salazar G.; y Pinto J. (1999). *Historia Contemporánea de Chile. Volumen I*. Lom Ediciones.
- Smart, S. (2019). *Complicidad económica con la dictadura chilena: un país desigual a la fuerza*. Lom ediciones.
- Traverso, E. (2016). Memoria e historia del siglo XX. En M. G. Acuña Flores. *Archivos y memoria de la represión en América Latina (1973-1990)*. Lom ediciones.



Valdivia, V (2006 y 2008). *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981). Volumen I-II*. Lom ediciones.

Valdivia, V. (2012). *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*. Lom ediciones.

Walker, I. (2020). *Pasión por lo posible. Aylwin, la transición y la concertación*. Ediciones Universidad Diego Portales

